

# SASKIA JUÁREZ

## describe los oficios del hombre

*Llamar al pan el pan y que aparezca  
sobre el mantel el pan de cada día;  
darle al sudor lo suyo y darle al sueño  
y al breve paraíso y al infierno  
y al cuerpo y al minuto lo que piden;*

Octavio Paz, “La vida sencilla”

◆ MIGUEL COVARRUBIAS

Cuando Saskia Juárez busca describir “los oficios del hombre”, acude al muro frontal de una escuela preparatoria que en sus inicios fuera la sede de varios talleres técnicos: allá por 1930 a este centro educativo se le designa llanamente como Escuela Industrial “Álvaro Obregón”. Los cursos que en ese lugar se impartían capacitaron a los primeros maestros mecánicos, mecánicos automotrices, carroceros, electricistas, ebanistas, fundidores y modelistas. Obviamente, al paso de los años, la complejidad del universo tecnológico se fue infiltrando en cada uno de los galerones y corredores de la que habría de consolidarse como una de las dependencias más acreditadas de la Universidad Autónoma de Nuevo León: la Escuela Industrial y Preparatoria Técnica “Álvaro Obregón”. Ya no bastaría forjar en ella a los operarios de los oficios tradicionales: también sería posible que este alumnado pudiera continuar su capacitación universitaria en las facultades del área correspondiente a las ingenierías y a las ciencias exactas.

El somero repaso del párrafo anterior queda evidenciado en el gran mural donde Saskia mata dos pájaros de un tiro: homenajea tanto a la escuela que

acoge su arte como al mundo donde se manifiesta el hábil manejo de las técnicas ancestrales y modernas con que el hombre domina a la materia... y al fuego. Especialmente al fuego.

Expresada la frase anterior, nos vemos obligados a repasar algunos pasajes donde se configura el relato que nos entrega el sentido profundo de uno de los elementos primigenios más fascinantes —así lo han considerado una y otra vez los más sutiles artistas y pensadores de la llamada cultura occidental.

En algún momento de la mitología griega se dio el desplazamiento de una deidad por otra, muy conveniente al vaivén de la historia que acaba inficionándolo todo. El caso es que Prometeo, un titán o gigante, “es el benefactor de la humanidad por excelencia: según una tradición, Prometeo es quien crea a los hombres, modelándolos con arcilla; [...] él es quien roba el fuego del Olimpo para entregárselo a los mortales y, por último, él enseña a su hijo Deucalión a construir una enorme arca con la que pueda salvar al género humano del diluvio enviado por Zeus.” Pero el mayor de los dioses helenos no puede aceptar el brío del titán que lo reta sucesivamente con sus iniciativas henchidas de audacia. Lo castiga pues, encadenándolo



“en el monte Cáucaso, donde todas las mañanas un águila le roía el hígado, que volvía a crecer durante la noche”. El terrible suplicio cesa cuando Heracles —o Hércules según la denominación romana— le asesta afiladas flechas al ave de durísimo pico y logra de ese modo la liberación del cautivo. El antecedente de la inmortalidad ganada por Prometeo proviene de la calidad de los proyectiles utilizados por el semidiós Heracles que, al parecer accidentalmente, hiere con sus venablos al centauro Quirón. Luego, al no poder sanar, éste renuncia a su inmortalidad cediéndosela a Prometeo.

Pero el encuentro capital entre el creador de los humanos con Hefestos, dios de la fragua, se da en el Cáucaso. Allí, donde el titán retador de la máxima autoridad divina fuera encadenado por haberles entregado el fuego a los mortales. Hefestos, al fin hijo de Hera y Zeus, habría de participar en el castigo de Prometeo

apoyando a su padre. ¿Cómo? Fabricando las cadenas con que sería aprisionado el titán rebelde. Y según cierta leyenda, entonces la rivalidad de estos personajes pudo acrecentarse: se supone que Prometeo “fue originariamente un dios griego del fuego [...] desplazado al rango inferior de simple héroe al ser introducido el culto de Hefestos, de procedencia oriental”. Porque, como bien es sabido, tanto el “milagro griego” como algunos de los dioses del Olimpo no son precisamente hechuras y criaturas nativas. Más bien fueron importados desde el exterior. Los dioses griegos no son entonces “puros”: su mixtura es indudable.

Y es ese fuego robado por Prometeo, bendición del hombre antiguo y aún del hombre contemporáneo, el que figura de manera preeminente en el mural llamado *Los oficios del hombre* con gran precisión. Porque sin duda, al no adjetivar esos quehaceres, Saskia de manera

**EN EL SÓLIDO "LIENZO" CAPTURADO EN PORCELANATO, NUESTRA PINTORA NOS SEPARA LOS OFICIOS Y LOS OFICIANTES "TRADICIONALES" DE LOS "ACTUALES" O "MODERNOS". SE VALE PARA ELLO NO DE UNA LÍNEA REAL O IMAGINARIA; UTILIZA EL EDIFICIO MATRIZ DE LA "ÁLVARO OBREGÓN".**

implícita les otorga la calidad de originarios u originales. La intervención del fuego es entonces capital. Con él despega el ser humano: incrementa su dominio de la materia al sumarlo a la luz proveniente de Helios, dios identificado con el astro radiante y que antecediera al protagonismo ulterior de Apolo, adalid de la belleza y la claridad meridiana. El fuego aliado del herrero en la fragua. El fuego que todo lo reblandece en los crisoles. El fuego latente y encapsulado en cilindros. El fuego como mero espíritu o aliento que impulsa la laboriosidad del artesano y del maquinista de innumerables rostros...

En el sólido "lienzo" capturado en porcelanato, nuestra pintora nos separa los oficios y los oficianes "tradicionales" de los "actuales" o "modernos". Se vale para ello no de una línea real o imaginaria: utiliza el edificio matriz de la "Álvaro Obregón". Nada menos. La justicia que el arte de Saskia le extiende a esta construcción del primer tercio del siglo pasado, refleja con suficiencia la exterioridad de la monumental escuela e incluso su interioridad.

La fachada de cantera artificial muestra ornamentación de tendencia goticista, caracterizada por remates ojivales en pretilos, ventanas y acceso. Un antevestíbulo da paso al vestíbulo de proporciones monumentales y doble altura, donde destacan los acabados en mármol, granito y hierro, y columnas de capitel *art déco* con influencia egipcia que sostienen la cubierta

adornada con un gran vitral a modo de plafón, obra de Roberto Montenegro. Otro elemento sobresaliente de este vestíbulo es la escalera que arranca en la parte central para encontrarse con un muro con vitrales y se divide hacia dos lados para llegar a un claustro superior. En el descanso de la escalera hay un busto de Álvaro Obregón apoyado en un pedestal de estilo *art déco*. En el resto de los interiores de la escuela la ornamentación es escasa y de carácter utilitarista.

En la parte superior del mural advertimos oficios e instrumentos "actualizados" según la vida productiva de nuestros días: sartenes y filipinas, un avión, un microscopio, una computadora, un automóvil del año (en lugar del emblemático "comando" amarillo, especie de *jeep* de gran calado que transportaba a los alumnos del medio siglo pasado y que al unísono les permitía, dada su longevidad, practicar como mecánicos un día sí y otro también). Galeras, naves industriales, chimeneas, almacenes y otras elevaciones aparecen "en el más arriba", para rendirle honores a la ciudad de pujanza industrial que fuera nuestra ciudad durante el despegue de la "Álvaro Obregón". Y "en el más-más arriba", las espléndidas montañas de Monterrey que Saskia Juárez no ha cejado de pintar una y mil veces.

Y vaya que con este trabajo de gran despliegue, Saskia le ofrenda a su Alma Mater y al pródigo paisaje norteño una creación de innegable valía: la que brota del fuego del arte sin oscurecerse ni mellarse. ●

#### Referencias

- Casas, Juan Manuel; Covarrubias Mijares, Rosana y Mayela Peza, Edna (2012). "Escuela Industrial Álvaro Obregón", en *Concreto y efímero. Catálogo de arquitectura civil de Monterrey|1920-1960*. Primera Ed. Monterrey: Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León. 214-215 pp.
- Falcón Martínez, Constantino; Fernández-Galiano Emilio y López Melero, Raquel (1989). *Diccionario de mitología clásica*, 1-2. Prólogo de Manuel Fernández-Galiano. Primera reimpression. México: Alianza Editorial.
- Graves, Robert (2006). *Los mitos griegos*, I-II. Traducción de Esther Gómez Parro. Cuarta reimpression. Madrid: Alianza Editorial.